

PROSPECTIVA DE LA SEGURIDAD CONTINENTAL SUDAMERICANA

Daniel Prieto Vial *

La intención de este artículo es revisar la evolución histórica de los tipos de amenazas que han enfrentado los países de la región, cómo pueden ellas estar cambiando y cuál podría ser la preocupación futura más relevante. En esto último se incluye nuevos planteamientos y escenarios; se trata de nuevos proyectos nacionales y regionales para enfrentarlos y concepciones globales distintas a las que han prevalecido en los siglos XIX y XX.

La hipótesis general que se plantea es que ha llegado el momento de buscar fórmulas de defensa continental conjunta en la región sudamericana. Por ejemplo, en la preservación de los flujos comerciales en un mundo que, al parecer, va a una intensificación del comercio global, aún con trabas y aranceles en Europa, Estados Unidos o Japón, pero que en su conjunto éstos serán probablemente menores y más uniformes. Otros plantean que se podría iniciar una nueva era de intensas guerras comerciales, donde los bloques o espacios económicos ampliados tenderían a reemplazar gradualmente a los Estados nacionales como actores principales de la historia futura.

La antítesis de esta hipótesis sostiene que las principales amenazas para los diversos proyectos de defensa de cada sociedad nacional sudamericana seguirán siendo vecinales. Siguen creyendo en la rivalidad vecinal como la principal fuente de amenazas para cada sociedad, debido a un diagnóstico que estiman objetivo, no intencionado o preconcebido, considerando que cualquier proyecto serio de defensa regional conjunta está destinado al fracaso y a la frustración posterior. Argumentan que aún no se dan las condiciones para que una idea de esta naturaleza prospere; quizás en diez, veinte o treinta años más.

Finalmente, hay aquellos que abogan por el desarme global o en el mayor grado posible, del continente sudamericano. Que sólo eso lograría aquí una zona de paz. Se daría así un respaldo moral a la región para enfrentar amenazas. Por último, sostienen que si esa disuasión moral no prospera intervendría Estados Unidos como potencia global dominante o quizás incluso la nueva Europa unida, con su fuerza de despliegue rápido recién formulada o, por último, una fuerza de la ONU actuando concertadamente para defender esta región.

Es cierto que se acabó el Pacto de Varsovia, que cayó el Muro de Berlín, que los países de Europa oriental se liberaron, que se transforman y se acercan a Occidente y que finalmente el golpe fracasó en la ex Unión Soviética. Pero el poder de la Comunidad de Estados Independientes sigue siendo enorme.

También hay variados y frecuentes signos de que las cosas aún no son claras y definitivas. En el caso de Cuba, si bien es cierto que ha dejado de respaldar los movimientos terroristas de la región, por sus propias dificultades económicas, todo indica que los contactos con las distintas guerrillas no han sido cortados.

En todo caso, las últimas transformaciones soviéticas devuelven la esperanza. La ideología marxista-leninista ha sido descartada. Los Gobiernos de las Repúblicas buscan una versión social democrática donde el marxismo sólo pudiera tener el carácter de teoría de referencia original, pero ya no vigente. Se descarta la lucha de clases y la revolución proletaria mundial. Se busca abolir el Partido Comunista imperial, expansionista y agresivo. Aún más, se democratiza políticamente la ex Unión Soviética; cada Estado bus-

* Magister en Dirección de Empresas, Universidad Adolfo Ibáñez; Diplomado de Relaciones Internacionales, Pontificia Universidad Católica de Chile; Magister en Relaciones Internacionales, Universidad de Chile; Profesor de la Universidad Finis Terrae, Santiago; Profesor de la Universidad del Desarrollo, Concepción.

ca su autonomía y aun la independencia; son cambiadas las banderas y, finalmente, es firmado un nuevo tratado constitucional con el nombre, primero, de Unión de Repúblicas Soberanas Soviéticas y después Comunidad de Estados Independientes. Paralelamente, se busca afanosamente una alianza con Occidente.

Qué pasa con el este de Asia

El ingreso *per capita* de Chile es de alrededor de tres mil dólares; en cambio, el de China Popular es de 600 dólares. Pero hace sólo seis años era de 300 dólares. Mientras la economía chilena, con todo su éxito, crece al 6 ó 7 por ciento anual, la de China lo hace al 10 por ciento, en forma sostenida en los últimos doce años. Eso le permite triplicar su ingreso cada década. A ese ritmo, China será un país desarrollado a comienzo del próximo siglo, lo que, considerando su magnitud geográfica y poblacional, lo convertirá en un centro de poder dominante en el mundo.

Si bien hay recelos históricos con Japón por las invasiones que sufrió China desde 1931 hasta 1945, todo parece indicar que, en cambio, aceptan sus inversiones y su tecnología. A su vez, Tokio se beneficia del enorme mercado y la cercanía. Sabe que juntos pueden generar una gran sinergia. Ambos recelan de la Comunidad de Estados Independientes, especialmente de la Federación Rusa. Las crecientes fricciones comerciales con Estados Unidos y las restricciones arancelarias de la Comunidad Europea, empujan al complemento a los dos colosos asiáticos, permitiéndoles superar sus propias desconianzas mutuas.

Por su parte, los llamados cuatro dragones del Asia, Corea del Sur, Taiwán, Hong Kong y Singapur, parecen sumarse a la eventual complementación chino-japonesa. Con ello no pretenden desafiar a Occidente, pues sería suicida. Necesitan vender y más del 70 por ciento del mercado mundial de bienes y servicios está en Europa y Estados Unidos. Pero para producir más barato y mantenerse competitivos, todos tienen crecientes vinculaciones con China.

Hong Kong, que a partir de 1997 será devuelta por Gran Bretaña a China, está impulsando inversiones en la vecina provincia de Guangdong, a escala sin precedentes. Los 63 millones de chinos que alberga la zona están experimentando un crecimiento económico del 13 por ciento anual, literalmente el más alto del mundo.

Miles de nuevas industrias, entre ellas varias de alta tecnología, aprovechan la barata y al-

tamente calificada mano de obra China. Taiwán, el otrora principal enemigo de China continental, hace otro tanto invirtiendo en nuevas industrias en la vecina Fujian, al otro lado del estrecho que los separa.

Tanto en Hong Kong como en Taiwán hablan el mismo idioma y son de la misma raza. Todos parecen estar motivados por el común propósito de construir una nueva gran China. Las diferencias ideológicas se han diluido. China se ha alejado de la economía comunista, con las reformas de Den Xiao Ping en 1979. Esto se ha enfaticado aún más con el fracaso mundial del modelo leninista de Moscú.

Por un momento se temió una vuelta atrás con la sangrienta represión de los estudiantes en la plaza Tiananmen, en 1989, pero no ha sido así. El Primer Ministro chino Li Peng parece decidido a continuar la modernización para no perder la oportunidad que tiene su país de liderar en el mundo en el próximo siglo.

Corea del Sur y Singapur también se han vinculado en el proceso. Tailandia, Malasia e Indonesia tienen economías de creciente dinamismo. De mantenerse la tendencia, serán países desarrollados hacia el 2020. Si se piensa que Tailandia tiene 55 millones de habitantes e Indonesia 198 millones, se comprenderá la magnitud de lo que estamos hablando. Las dos Coreas suman más de 60 millones y Japón con China (incluidas Taiwán y Hong Kong) 1.360 millones.

Las inversiones japonesas buscaban mano de obra barata para mantener la competitividad de su industria. El sudeste asiático y ahora China han recibido por ello grandes inversiones y complejos industriales nuevos. Dirigen el proceso los Zaibatsú, conglomerados económicos japoneses. Tokio invirtió 18 mil millones de dólares en Indonesia, Malasia, Singapur y Tailandia, entre 1988 y 1993. Ya los capitalistas nipones se empiezan a volcar a Vietnam, Filipinas, Camboya, Laos y Birmania (este último ahora redominado Myanmar). Incluso la India está en la mira. Este coloso del sur de Asia sigue atrasado, con crecientes divisiones y violencia interna, producto de la frustración de una economía centralmente planificada que los mantiene en la pobreza. Por la misma razón, Corea del Norte, Vietnam, Laos y Camboya se han quedado en la miseria. Sin embargo, en todos ellos ya se vislumbran signos de cambio.

Aun así, las dos Coreas se juntan para estudiar su reunificación, pero las conversaciones fracasan. Se exige, además de la apertura política del norte, para los proyectos de armas nu-

cleares de Pyongyang. El viejo líder comunista Kim Li Sung, de 81 años de edad, sabe que su causa está perdida y aun así persiste. Pero quizás su hijo y sucesor, Kim Yon Il, estaría dispuesto a llevar más adelante las reformas.

Singapur, por su parte, consciente de su pequeñez geográfica a pesar de ser un gigante económico, controla el estratégico estrecho de Malaca. Casi todo el petróleo que consume Japón pasa por ahí (en tránsito desde el golfo Pérsico). Crecientes volúmenes del comercio chino también usan el estrecho. Considerando que históricamente Singapur era una colonia de origen chino en manos británicas, todo parece indicar que ese pueblo será parte principal del nuevo bloque en perspectiva. Si bien recelan de los japoneses, la alianza creciente de éstos con la madre patria podría superar los resquemores.

Así también, las minorías chinas de Malasia e Indonesia se han convertido en una casta dominante que encabeza la prosperidad y el desarrollo de ambos países.

A su vez, Bangkok ha sido considerada con frecuencia una ciudad de inmigrantes chinos en medio de la sociedad Taií. Sin duda, también esa elite china encabeza la nueva prosperidad del reino de Siam.

El ejemplo de Hong Kong y Taiwán con Guangdong y Fujján, respectivamente, no hacen más que confirmar el liderazgo chino, que junto a Japón parece encabezar todo el proceso. Por su parte, Corea, donde todavía existen fuertes sentimientos antijaponeses, racialmente no es otra cosa que una mezcla de siglos de pertenencia intermitente a China o a Japón. Así se fusionaron las dos razas.

Pese a la pobreza de China continental, la población se diferencia de otros países subdesarrollados por su carácter perfeccionista y el buen nivel de educación técnica. "Si es chino, es bueno", dice el nuevo proverbio. Asimismo "si es japonés, es excelente". Uno puede imaginarse el resultado de combinar ambas fórmulas. Por lo mismo, todo parece indicar que los Estados periféricos también seguirán el liderazgo chino-japonés.

Más adelante llegará el turno de invertir masivamente en Filipinas, los países de Indochina, Bangladesh, Sri Lanka y la India. Por ahora ellos carecen del requisito principal: Estabilidad interna. Cuando ocurra, se incorporarán otros mil millones de habitantes al nuevo dinamismo oriental. Es muy difícil que la India, después de décadas de fracaso, persista en empobrecer a sus 890 millones de habitantes. El reciente ejemplo de los cambios y contrastes en una

China que crece y una ex Unión Soviética que se estanca y colapsa no podrán ser pasados por alto.

Sólo la estructura de intereses creados por la burocracia podría resistirlo, pero nadie podrá evitar por demasiado tiempo la llegada de inversiones y tecnología al estilo japonés.

Una vez incluida la India, el dinamismo del este asiático abarcará, en conjunto, unos 2.800 millones de habitantes, liderados por China y Japón. Eso es más de la mitad de la población mundial. De seguir así las cosas todo parece indicar que los asiáticos podrán terminar liderando al mundo en el próximo siglo. Habrá que ver cómo reacciona la competitividad occidental en esta carrera económica y comercial del mundo en el tercer milenio.

Todo este panorama cambia la situación global substancialmente y, por lo tanto, el contexto en el cual se mueve de ahora en adelante la región sudamericana, y Chile dentro de ella.

Otros antecedentes

Una Sudamérica actuando coordinadamente y cooperando en estas materias podría surgir como un nuevo poder de peso global, capaz de velar por sus intereses en el tercer milenio. La tendencia mundial a formar bloques o Estados-Regiones, como dice el argentino Conrado Etchebarne en su libro *Americanos del Sur*, parece exigirlo. El hecho que esta estructura no impida la apertura económica internacional lo confirman todas las últimas posiciones de nuestros países en las negociaciones de la Ronda de Uruguay. Coincidimos en propiciar un comercio internacional cada vez más libre, con tarifas más bajas, más uniformes, sin discriminaciones, sin barreras o cuotas paraarancelarias. Todo parece indicar que las posiciones político-económicas, de las grandes cosas que realmente importan, son crecientemente coincidentes. Asimismo, en los aspectos militares, una Sudamérica coordinada sólo debería buscar la paz y no constituirse en amenaza para nadie, menos para otros Estados-Regiones. La única diferencia es que unida tiene más peso para velar por sus intereses y negociar a nivel global.

En el Atlántico sudamericano desde 1984 se empezó a trabajar en serio para darle forma a esta concepción. Numerosos artículos de intelectuales de las Fuerzas Armadas y civiles fueron publicados poco después, tanto en Brasil como en Argentina. Más tarde algo hubo en Uruguay. No fue extraño entonces que dos años después, en 1986, se diera forma a una serie de tratados

entre Brasil y Argentina, en los que ambos países se comprometían a la mutua distensión, a la integración económica y a trabajar juntos también en asuntos estratégicos y militares. Paralelamente, tomó impulso una nueva era de tratados económicos. De ahí surge más tarde el MERCOSUR, donde se incorporan también Uruguay y Paraguay. Se deja abierta una puerta amplia y especial para Chile, para que se pueda incorporar con rapidez y con facilidades especiales, cuando quiera.

Entre los acuerdos de carácter industrial se incluyen desarrollos conjuntos en materia de aviones, blindados y buques. En materia de energía nuclear, ambos países desechan la alternativa bélica. Esto ha sido afianzado en los actuales Gobiernos de los Presidentes Menem y Franco. En materia de misiles se busca reemplazar la orientación bélica convencional o portadora de armas, por un programa espacial, el cual más adelante intentaría coordinar estos dos grandes del continente sudamericano. En otras palabras, los acuerdos estratégicos están avanzando, con muchas dificultades lógicas, pero avanzan inexorablemente. Por otro lado, a nivel del alto mando siguen aumentando las invitaciones y los intercambios con sus congéneres continentales —incluidos los desfiles de contingentes chilenos en Argentina y Perú— previendo quizás que tarde o temprano esta nueva tendencia será inevitable.

Cosmovisión estratégica

En Sudamérica hay intereses comunes, desafíos comunes y problemas comunes. Existe pobreza y extrema pobreza, existen barreras para el comercio que afectan la común prosperidad, existe burocracia, trabas para establecer espacios económicos ampliados, los cuales son cada vez más indispensables para alcanzar esa "masa crítica" en esta nueva modalidad de bloques mundiales. Existe narcotráfico, terrorismo y delincuencia común. Todos ellos son crecientes y a veces están fuera de control. Son, además de grandes defectos, también amenazas comunes. Ellas exigen coordinación internacional y regional para combatir las eficazmente.

Entre nuestros problemas y desafíos comunes está también la necesidad de negociar con los grandes poderes universales. Está el caso de la deuda externa, de la tecnología, del control del "know how" y de las patentes. Estas últimas se encuentran en forma casi monopólica en manos del "primer mundo". Hay una necesidad de que la legislación internacional respete nuestra

propia inventiva y nuestro propio registro intelectual, pues de otro modo nunca podremos despegar de la dependencia y la mediocridad. Estos problemas económicos y tecnológicos también presentan un desafío compartido.

Cada vez más rápidamente la Humanidad avanza a la globalización de sus problemas. Es toda la especie humana la que debe cuidar este delicado planeta para continuar su existencia. No tenemos otro planeta de repuesto. Somos 5.500 millones de astronautas que navegamos solos en la inmensidad del espacio. Nuestra primera prioridad debe ser cuidar, limpiar y reparar la "nave" para que siga cobijándonos. De ahí que la defensa de nuestra supervivencia exigirá nuevos esfuerzos conjuntos. Cada región, bloque continental o subcontinental debe desplegar su papel de acuerdo a su cuota de responsabilidad para con el planeta. Ello exigirá, entre otros aspectos, también una cierta coordinación entre los bloques. Obviamente, se trata de un proceso gradual que necesariamente deberá terminar con un cierto orden común y general.

Aun las pasiones nacionalistas locales pueden ser estimuladas, hasta hacerse incontrolables, como en el pasado. Hace un par de años tuvimos un pequeño ejemplo con la agitación argentina en Santa Cruz por los acuerdos de arbitraje con Chile y la delimitación de los Campos de Hielo. Sin duda, ello fue circunstancial y pasajero. Mucho más grave y explosivo ha resultado el esfuerzo separatista de Eslovenia y Croacia —que después afectó a Bosnia-Herzegovina y que podría afectar a Kosovo y Macedonia— en la ex República Yugoslava. No sabemos en qué terminará la desarticulación de la Unión Soviética. No cabe duda que esos son grandes terremotos de inestabilidad que amenazan con arrastrar a las regiones periféricas. Pero estas anomalías no parecen contradecir las tendencias hacia los bloques regionales y a la globalización. Más bien, si los países bálticos se independizan es también con la esperanza de incorporarse a la Comunidad Europea. Lo mismo ocurre con Europa oriental y quizás también con Ucrania, Bielorrusia o la propia Federación Rusa.

En el nuevo orden mundial —aunque esto no sea vislumbrado por el Presidente Clinton— nadie puede quedar afuera. El que quede marginado será una amenaza para el resto. De algún modo, esto fue insinuado en la crisis del golfo Pérsico.

Por otro lado, la colaboración tecnológica regional nos podría llevar también pronto a constituir proyectos tan espectaculares como, por ejemplo, un desarrollo espacial sudamericano. Esto resulta interesante considerarlo como un botón

de muestra. Da una idea de lo que se puede lograr si son sumadas fuerzas y capacidades regionales, tanto privadas como interestatales. Brasil está bien avanzado. Argentina justificó la terminación del proyecto Cóndor II para tener acceso, en cambio, a ciertas tecnologías sensibles "para aplicar en su programa espacial", según dijeron. Chile adquirió la estación de rastreo de satélites de Peldehue, que ahora es el Centro de Estudios Espaciales de la Universidad de Chile; además hay numerosas empresas que pueden aportar tecnología, especialmente electrónica.

El espacio nos abre enormes posibilidades de desarrollo y prospección conjunta. Por ejemplo, en el campo minero, agrícola y forestal, en el manejo de aguas, de la pesca y en el control de la polución atmosférica y de la observación conjunta de nuestros mares, de la tierra y del aire, tanto para el control del tráfico marítimo como para la seguridad aérea o la labor policial. Desde luego, debemos seguir observando y cuidando las capas superiores de la atmósfera (el ozono), ya que de ello depende la vida de todos. También en los cada vez más densos sistemas de comunicación internacional: Telefonía, televisión, telegrafía, fax, redes de computación, enlaces militares, enlaces de emergencia y rescate, tanto en tierra como en alta mar o en el aire, etc.

El factor multiplicador de posibilidades de cooperación y desarrollo conjunto que se abren con la colaboración político-estratégica y económica es de carácter espectacular en sus potencialidades de largo plazo. Obviamente, todo será lento y gradual al principio; sin embargo, después se generalizará y al final casi no se podrá comprender que no lo hayamos hecho antes.

No obstante, en el terreno mucho más específico de la seguridad militar de la región, entendido ello en su definición más clásica y tradicional, sí hay otro desafío estratégico común que sólo puede ser abordado en conjunto. El comercio exterior de Chile y también el de cada uno de los países de Sudamérica aumenta año a año más que lo que lo hace el resto de la economía. Esto significa que la nueva estrategia de desarrollo que se impone aquí y en el resto del mundo tiene cada vez más énfasis en el intercambio terrestre, marítimo y aéreo de larga distancia. En 1993, Chile exportará 12 mil millones de dólares, importará 11 mil millones de dólares y su Producto Geográfico Bruto será de 36 mil millones de dólares. Es decir, el 30 por ciento de su producción anual de bienes y servicios corresponde a la exportación; sumado a las exporta-

ciones, son 23 mil millones como nivel de intercambio que colabora al proceso económico interno, es decir, el 60 por ciento del PGB.

Esto nos indica que hoy somos mucho más vulnerables y dependientes, que antes de ese flujo internacional, para la continuación de nuestra actividad económica interna. Si se interrumpiera la exportación o la importación, aunque fuera parcialmente, automáticamente repercutiría en la cadena de pagos interna (exportaciones) o en el uso de factores (importaciones). Ambas cosas producirían un gran efecto nacional. Si la proporción de esa interrupción parcial es mayor, podría significar importantes caídas del nivel de ingresos, cesantía e incluso hambruna. No se nos ocurre nada más grave como amenaza para una sociedad moderna que esta interrupción —aunque sea parcial— de su nivel de intercambio.

En caso de interrupción del comercio, como el descrito, se le va la vida a una parte de nuestra población. Si de defensa de intereses nacionales se trata, nada nos parece más evidente.

Solución estratégica

En la región debe existir la cooperación mutua necesaria para permitir la protección —aunque sea parcial— de su comercio internacional de larga distancia. Esto debe incluir inicialmente la protección de las líneas de comunicación marítima, terrestre y aérea dentro de la región, y en las áreas marítimas de su entorno inmediato. De ser hecho, significaría que encararíamos un esfuerzo maduro, a la altura de las circunstancias, considerando las verdaderas necesidades de nuestras sociedades en esta etapa de nuestra historia.

Por lo demás, las capacidades de cada cual seguirán ejerciendo un rol de disuasión para el caso de que uno de los Estados actúe irresponsable y sorpresivamente contra otro. En ese sentido, cuidar una paz estructural, sobre la base de ciertos grados de equilibrio y capacidad vecinal intrarregional, seguirá vigente aún por varios años.

La protección al comercio regional conjunto pasa a tener preferencia. Ello significa coordinar esfuerzos para lograr que las exportaciones lleguen a su destino y que las importaciones logren ser embarcadas y cruzar los espacios terrestres, aéreos o marítimos hasta nuestros países. Obviamente, la magnitud económica y el volumen físico del comercio marítimo seguirá teniendo una preponderancia absoluta sobre el terrestre o el aéreo. Actualmente, un 96

por ciento de nuestro comercio exterior es hecho por mar; en el caso de casi todo el resto de los países occidentales, fluctúa en niveles al menos superiores al 90 por ciento de intercambio por medio marítimo.

No es válido el argumento de que ese flujo está garantizado por nuestros clientes extrac Continentales. Es cierto que Europa, Japón o Estados Unidos buscarán su protección si se ven amenazados, porque para ellos es también necesario; sólo que no siempre los intereses y las prioridades son las mismas. En la práctica, la experiencia histórica nos indica que en emergencias como las de la Primera y Segunda Guerra Mundial, nuestros países dejaron de recibir los flujos habituales de intercambio. Es conocido el enorme impacto que ello produjo en nuestras economías durante la primera de ellas y, en términos proporcionales, lo fue menos el de la segunda; en gran medida, ello se debió a que habíamos empezado el programa de sustitución de importaciones, es decir, la estrategia de desarrollo hacia adentro, disminuyendo, hasta donde fuera posible, la importación de productos.

Hoy, sin embargo, una interrupción equivalente, en proporción, a cualquiera de ellas, produciría —como ya vimos— un efecto mortal sobre nuestras sociedades. Podría llegar a matar de hambre a una parte de nuestra sociedad si el fenómeno se da en su versión extrema. Hemos vuelto a depender de ese comercio internacional. Es la base de la nueva estrategia de desarrollo. Ella ha sido, asimismo, crecientemente adoptada por otros países de la región.

La experiencia histórica también demostró que nuestros países no hicieron casi nada para preservar su propio comercio a principios y a mediados de este siglo, durante esas crisis de las dos grandes guerras. Simplemente, las preocupaciones militares vecinales habían acaparado toda la preocupación, incluso hasta convertir en anacrónica nuestra capacidad estratégica para enfrentar desafíos globales. También se demostró que ninguna de las grandes potencias usó sus propias fuerzas para proteger los intereses de nuestras sociedades. Estaban demasiado absorbidas y obsesionadas con sus propias prioridades. Así, vimos algunos graves incidentes con incluso violaciones a nuestra soberanía y neutralidad, la pérdida de varios de nuestros mercantes en manos de submarinos alemanes y algunas espectaculares batallas navales (la Batalla de Coronel y la de las Malvinas en la Primera Guerra Mundial, y la de Montevideo en la Segunda) en nuestras costas y puertos.

Ni Estados Unidos, Inglaterra, Alemania o Japón tuvieron nunca el interés o la oportunidad de garantizar el flujo de intercambio de acuerdo a lo que dictaban nuestras propias prioridades económicas regionales. Sólo actuaron cuando algunas de nuestras materias primas les resultaban indispensables según sus prioridades. Por el contrario, a veces obligaron a nuestros buques a realizar temerarios viajes que nuestros intereses no aconsejaban. Aún peor, en la mayoría de los casos ni siquiera les quedó capacidad para escoltar aquellos convoyes de origen sudamericano que parecía como de interés mutuo proteger. Casi todos los recursos navales ingleses o norteamericanos, por ejemplo, fueron destinados al intercambio por el Atlántico norte y el Mediterráneo. Aun para esos teatros, sus enormes recursos bélicos aparentes se hicieron escasos dado el nivel de atracción que les impulsieron los submarinos alemanes (así como sus aviones o corsarios de superficie). En realidad, fue un hecho sorprendente que nuestros países no fueran capaces de ponerse a la altura de las circunstancias, activando —aunque fuera improvisadamente— formas de proteger el intercambio indispensable para el normal funcionamiento que nuestras propias economías exigían. Por suerte, nuestra mayor autosuficiencia alimentaria y la relativa menor complejidad de las dependencias extranacionales que imperaban entonces, colaboraron a sobrellevar el problema. Pero hubo pérdidas enormes; también cesantía y hambre.

En el futuro, no prever ni coordinar emergencias globales de este tipo podría resultar mortal. Como ya se dijo, la nueva estrategia de desarrollo iberoamericano está orientada al comercio exterior, al intercambio internacional. Economías abiertas, con aranceles cada vez menores, más parejos y uniformes, con menos discriminaciones y barreras para arancelarias así lo indican. La liberación de los mercados de capitales también refuerza esta nueva tendencia. En estas circunstancias, la vulnerabilidad estratégica de esas largas líneas marítimas de intercambio extracontinental pasan a tener la característica de vida o muerte. No protegerlas es no sólo injustificable; simplemente, es irresponsabilidad.

Lógicamente, el riesgo y la vulnerabilidad seguirán presentes, pero sumar fuerzas genera una sinergia conjunta que termina por disuadir, por hacer “respetable” y estratégicamente “significativa” a la región en el concierto mundial. Poniéndonos de acuerdo, la optimización de los distintos aspectos de la solución se desarrollarían gradualmente. El nuevo poder adquirido con

una coordinación estratégica continental en Sudamérica le permitiría a la región negociar con otros bloques la vigilancia, el control y la protección mutua. Un continente coordinado pasa a tener un peso y una importancia relativa totalmente distinta a los ojos de la unión europea, la nueva Comunidad de Estados Independientes o el ampliado bloque norteamericano (NAFTA, Estados Unidos, Canadá y Méjico). Esos y otros bloques asiáticos se verían ante un interlocutor válido de Estados coordinados, que de esta forma adquirirían un enorme poder conjunto. En esas

circunstancias, todos estarán interesados en negociar con nosotros.

Obviamente, no pretendemos incluir aquí las soluciones para proteger nuestros intereses conjuntos. Desde luego, ello exigiría reestructurar la calidad, movilidad, flexibilidad, coordinación y velocidad de reacción de nuestras fuerzas.

Será un desafío enorme y complejo. Precisamente, por esa misma dificultad todo esto resulta tan interesante y motivador.

